

J. R. R. Tolkien

el mago de las palabras

Eduardo Segura



Directora de la colección: Mercedes Álvarez

© 2002, by Eduardo Segura y Editorial Casals, S. A.

Tel. 902 107 007

www.editorialcasals.com

www.bambulector.com

Diseño de cubierta: Bassa & Trias

Fotografías: Aci, Aisa, Album, Corbis-Cordon Press, Getty Images, Prisma, Top-Foto-Cordon Press y Eduardo Segura

Quinta edición: septiembre de 2011

ISBN: 978-84-218-4810-4

Depósito legal: M-34.658-2011

Printed in Spain

Impreso en Anzos, S. L., Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

De los hobbits y la ordenación de la Comarca...	5
1 Historia de una ida y una vuelta (1892-1904)	9
2 Lúthien Tinúviel... y tres es compañía (1904-1911)	21
3 Las ciénagas de los muertos (1911-1918)	35
4 <i>El Libro de los Cuentos Perdidos</i> (1914-1930)	57
5 Acertijos en las tinieblas (1926-1937)	65
6 La Guerra del Anillo (1937-1955)	79
7 La hoja y el árbol de Niggle (1943-1960)	89
8 Los Puertos Grises (1960-1973)	97
Epílogo. De la Comarca a Valinor: el viaje de ida y vuelta	105

De los hobbits y la ordenación de la Comarca...

«En un agujero en el suelo, vivía un hobbit...» Cuando J. R. R. Tolkien escribió esta frase, a finales de la década de 1920, no podía sospechar qué ocurriría después. Estaba sentado en su estudio, corrigiendo exámenes para obtener un dinero extra. Su sueldo como profesor en la universidad de Oxford no era suficiente para mantener a una familia numerosa. Por suerte para Tolkien (y, con el tiempo, para millones de lectores), un alumno había dejado la hoja de su ejercicio en blanco; y allí, apresuradamente, el profesor garabateó esas palabras... que echaron a rodar la magia. Muchos años después, explicó que en aquel momento no sabía lo que eran los hobbits. Tuvo que «descubrirlo», imaginando la historia de esa simpática raza, creando su pasado, su historia.

Sus cuatro hijos eran pequeños por entonces. Ronald les contaba cuentos por la noche, antes de que se acostasen. Y, cuando ya estaban vencidos por el sueño, él bajaba al garaje de su casa, convertido en un estudio repleto de papeles, estanterías y libros en lenguas extrañas, antiguas y remotas, y ponía por escrito lo que acababa de contarles. Poco a poco, página a página, fue creciendo la historia de Bilbo Bolsón,

un hobbit perezoso a quien no gustaban las aventuras. Un buen día, mientras fumaba de su pipa junto a la redonda puerta de su agujero hobbit, apareció un mago. El mago, por supuesto, era Gandalf, que le anunció que esa misma tarde, a la hora del té, aparecerían unos amigos suyos y le informarían sobre la difícil misión para la que necesitaban su ayuda.

Los trece enanos aparecieron puntualmente, en pequeños y ruidosos grupos, ante la creciente perplejidad de Bilbo. El temible dragón Smaug había robado el tesoro de los enanos, y lo guardaba en la Montaña Solitaria. Había que emprender un viaje peligroso e incierto para recuperar lo que era de ellos. Y aunque Bilbo no quería, se vio envuelto en una aventura increíble que cambiaría su vida para siempre.

También la vida de Ronald Tolkien cambió a partir de ese momento. El desconcierto que sentía ante las peripecias de Bilbo fue en aumento a medida que el libro crecía y crecía, lleno de hazañas y emoción. Era un cuento para niños, pero más terrible y sombrío de lo normal. *El Hobbit* se publicó en 1937 y enseguida tuvo un éxito enorme. La editorial Allen & Unwin, de Londres, le pidió que escribiera una continuación. «Escriba más cosas sobre hobbits», le dijeron. Pero Tolkien no sabía por dónde seguir, porque *El Hobbit* tenía como subtítulo *Historia de una ida y una vuelta*, y se suponía que Bilbo había regresado a Bolsón Cerrado cargado de riquezas y que «fue feliz durante el resto de sus días». Poco más cabía esperar de una cosa así...

¿O sí? Ronald se puso a trabajar, y en diciembre de 1937 ya había escrito el primer capítulo de la nueva historia. Pero escribir primeros capítulos es fácil. No sabía cómo

seguir adelante... hasta que en los caminos de la Comarca apareció un misterioso Jinete Negro montando un enorme caballo oscuro. ¿Quién era ese espectro? ¿De dónde venía? ¿Por qué estaba interesado en un hobbit llamado «Bolsón»? ¿Y qué tenía que ver el anillo mágico en todo aquello?

Las preguntas exigían respuestas, y pronto John Ronald tuvo que buscar la solución a los acertijos en su imaginación, en las tinieblas de su memoria... ¡Claro! La historia de Bilbo podía enlazarse con la obra que había comenzado a elaborar en 1914, *El Libro de los Cuentos Perdidos*. El nuevo cuento, que en abril de 1938 se llamó ya *El Señor de los Anillos*, era el eslabón entre las leyendas del pasado de la Tierra Media y la aventura de Bilbo y los enanos en la Montaña Solitaria. ¡Era una historia emocionante!

Historia de una ida y una vuelta (1892-1904)

Los primeros años

John Ronald Reuel Tolkien nació el 3 de enero de 1892 en Bloemfontein (Sudáfrica). Su padre, Arthur Reuel Tolkien, trabajaba para el Bank of Africa. A finales del siglo XIX, las explotaciones mineras en ese territorio prometían fáciles beneficios. Fueron muchos los que se animaron a invertir en negocios de oro y diamantes, y en los ferrocarriles. Arthur esperaba formar una familia con Mabel Suffield, su prometida, trece años más joven que él, y prosperar en aquellas tierras lejos del hogar, en Inglaterra.

La familia Tolkien fabricaba pianos desde el siglo XVIII, pero Arthur, el padre de nuestro protagonista, había decidido dedicarse a los negocios. Pidió a Mabel que se casara con él, y ella tuvo que viajar hasta Bloemfontein para unirse al hombre que amaba y comenzar una nueva vida. Se casaron el 16 de abril de 1891. Las cosas parecían marchar a la perfección. Al nacimiento de John Ronald siguió, en febrero de 1894, el del otro hijo de los Tolkien. Le dieron el nombre de Hilary Arthur. El negocio prosperaba, y Arthur pronto ascendió a cargos de mayor responsabilidad.

Pero el duro clima de Sudáfrica hacía daño a la salud del pequeño John Ronald. Mabel tampoco se sentía a gusto lejos de Inglaterra, rodeada por un paisaje casi desértico. Añoraba su Birmingham natal y, tras pensarlo mucho, ella y Arthur decidieron que lo mejor sería que Mabel volviese a Inglaterra con los dos niños. Arthur se les uniría tan pronto como arreglase los asuntos que hacían necesaria su presencia en Bloemfontein.

Así pues, a principios de abril de 1895, Mabel y sus dos hijos embarcaron en el S. S. Guelph rumbo a Southampton. Allí los esperaba su hermana Jane. Pasaron los meses y siempre había algo que retrasaba el viaje de Arthur a Inglaterra. En noviembre de ese mismo año llegó una noticia terrible: Arthur había contraído la fiebre reumática. Mabel pensó de inmediato en viajar de vuelta para cuidar ella misma de su marido. Tras la Navidad, pareció que Arthur estaba recuperado. Pero fue un espejismo: su enfermedad se agravó repentinamente y un telegrama llegó a manos de Mabel con la noticia fatal. Arthur había sufrido una seria hemorragia que derivó en peritonitis, y falleció el 15 de febrero de 1896, a más de nueve mil kilómetros de los que lo amaban. El único recuerdo claro que John Ronald guardó de su padre fue la figura de un hombre en cuclillas que escribía *A. R. Tolkien* en el baúl del equipaje. Tenía entonces 4 años.

A pesar del dolor de esa separación definitiva, Mabel no se desanimó y enseguida comenzó a buscar una casa en la que instalarse con sus hijos. Con los pocos recursos económicos de que disponía, tenía, además, la obligación de dar una educación a los dos pequeños. Quería que ingresaran en la King

Edward's School, el colegio más prestigioso de Birmingham. Pero el examen era difícil, y ella misma se encargó de la formación inicial de John Ronald y Hilary. Sabía latín, francés y alemán, tocaba el piano y poseía un acusado talento para la pintura. Pronto se dio cuenta de que el joven Ronald tenía una sensibilidad especial para los sonidos del lenguaje, y de que disfrutaba aprendiendo idiomas. Mabel se preocupó también de que los pequeños se esmerasen en la caligrafía; en especial, Ronald desarrolló diversos estilos de escritura muy elegantes y variados.

Los vínculos con los abuelos Tolkien no eran demasiado fuertes y, al poco tiempo, la familia materna ocupó en el corazón de los niños el lugar que la muerte temprana de su padre había dejado tristemente vacío. La familia de Mabel, los Suffield, procedían de las West Midlands inglesas, y John Ronald se sorprendió a sí mismo aprendiendo el dialecto de esa zona de Inglaterra. Le pareció que encontraba el hogar perdido, tras los primeros años de mudanzas, cambios y desarraigo. Sobre esto escribiría años después:

«Aunque Tolkien de nombre, soy Suffield por mis gustos, aptitudes y educación. Y todos los rincones de Worcestershire (hermosos o sórdidos) son para mí, de una forma indefinible, mi casa, más que cualquier otra parte del mundo».

Años más tarde, Tolkien se inspiraría en el paisaje de esa zona de Inglaterra para crear su imaginaria Comarca, donde viven los hobbits. Bilbo, Frodo y sus amigos habla-

ban con el peculiar acento de esa zona, y tenían unas costumbres muy semejantes a las de los campesinos y habitantes del mundo rural inglés.

En el verano de 1896 la familia Tolkien se instaló en la aldea de Sarehole, a unos dos kilómetros al sur de Birmingham. Para los dos pequeños la vida en el campo fue un descubrimiento maravilloso. John Ronald llevaba a su hermano Hilary a ver el molino, donde un siniestro personaje (en realidad, el hijo del molinero) les asustaba con sus bruscos gritos. Le llamaron el «ogro blanco», porque sus ropas estaban siempre manchadas por el polvo blanquecino que expulsaban los huesos molidos para ser transformados en abono. La imaginación de John Ronald creó también un «ogro negro»: un granjero que los echaba de sus tierras por coger setas. Con el correr del tiempo, en *El Señor de los Anillos*, Tolkien inventaría un personaje, el granjero Maggot, que sería el encargado de azuzar a los perros cuando Frodo, Sam, Pippin y Merry entrasen en sus tierras a «tomar prestadas» unas cuantas setas...

La vida en Sarehole era perfecta. Mabel les enseñaba en casa, con una exigencia grande y maternal a la vez. El ánimo sensible de Ronald se iba modelando sobre la base firme del cariño de su madre. Su amor al medio rural se afianzó en esos años iniciales, tan decisivos, de la infancia. Aprendía con rapidez. Sus ganas de saber cosas nuevas lo llevaron incluso a la botánica, materia sobre la que Mabel conocía muchas cosas. Pero más que clasificar y aprender los nombres de flores y plantas, lo que encantaba a Ronald era estar con los árboles: trepar por ellos, sentarse y leer cuentos encaramado en las ramas más altas, hablarles. Los

sentía como algo vivo; más tarde, en sus libros, dotaría a los árboles y bosques de vida y sentimientos a la vez antiguos y poderosos: el Bosque Negro, Bárbol, Ramaviva y los ents (o pastores de árboles), el Bosque Viejo...

Leía muchos libros. Le encantaban las historias de pieles rojas (ansiaba tener un arco con flechas), los libros de Curdie, el personaje creado por George MacDonald, las leyendas del rey Arturo; y no le gustaban demasiado las aventuras de *Alicia en el País de las Maravillas*, *La Isla del Tesoro* ni los *Cuentos* de Andersen. Lo que más le fascinó fue la serie de cuentos recopilados por Andrew Lang en forma de libros de colores. El *Red Fairy Book* era su preferido, porque contenía el relato de Sigurd y el dragón Fafnir: una historia situada en un tiempo remoto, en el brumoso norte de Europa. De hecho, a los 7 años Ronald escribió su primera historia, precisamente acerca de un dragón:

«No recuerdo nada de ella, excepto un detalle filológico. Mi madre no comentó nada del dragón, pero señaló que no se podía decir *un verde dragón grande*, sino *un gran dragón verde*. Me pregunté por qué, y todavía me lo pregunto. El hecho de que recuerde esto tal vez sea significativo, pues no creo que intentara volver a escribir un cuento durante mucho tiempo, y me concentré luego en el estudio del lenguaje».

Pasaban los meses y la familia conseguía vivir dignamente, aunque sin ningún lugar para lujos o caprichos. Mabel se ocupaba de que a sus hijos no les faltase lo necesario y, de hecho, los años en Sarehole fueron los más felices y prove-

chosos de su vida, como el propio Tolkien señalaría mucho tiempo después. Solo había una cosa que le asustaba. Era un sueño que se repetía con frecuencia: una ola gigantesca avanzaba, arrasando a su paso cuanto encontraba. Hacia 1945, cuando la historia del Anillo Único estaba ya muy avanzada, Tolkien escribió un relato en el que la isla de Númenor se hundía a causa de un maremoto. Él lo llamaba «mi complejo de la Atlántida», y ese sueño que lo visitaba desapareció una vez escrito el cuento, que se tituló *La caída de Númenor*.

La conversión de Mabel al catolicismo

La religión ocupaba un lugar principal en la vida de Mabel. Pertenecía a una familia protestante; más concretamente, su padre era un activo metodista. Mabel iba todos los domingos con sus hijos a la iglesia anglicana local. Hasta que un día, Ronald y Hilary vieron cómo su madre tomaba un camino distinto del habitual, hacia otra iglesia: St. Anne, en la calle Alcester, cerca del centro de Birmingham. Era una iglesia católica. Durante el año 1900, Mabel y su hermana May Incedon recibieron la catequesis necesaria, y la propia Mabel comenzó a hacerse cargo de la educación religiosa de sus hijos.

Pero la furia de la familia cayó sobre ella. Ni los Sufield ni los Tolkien (estos pertenecían casi todos a la Iglesia baptista) aceptaron de buen grado la conversión al catolicismo de Mabel. Le retiraron el tan necesario apoyo económico y le dieron decididamente la espalda. Mabel afrontó con entereza y fe la nueva y triste situación, pero

su frágil salud se resintió, pues debía esforzarse por sacar adelante a su familia ella sola.

Mientras tanto, en el otoño de 1899 llegó el momento de que Ronald se presentase al examen de ingreso en la King Edward's School. Era una prueba exigente y el pequeño no la superó. Pero un año más tarde sí lo consiguió. La King Edward's era un edificio impresionante, al estilo de Oxford, con elevadas agujas góticas y enormes y largos pasillos. Gracias a un tío de la rama Tolkien, Mabel pudo pagar la matrícula de su hijo. Pero el colegio estaba a casi seis kilómetros de Sarehole, y ella no tenía dinero para pagar los tranvías y trenes que su hijo debía tomar para llegar a tiempo a clase. De manera que, durante las primeras semanas, Ronald debía levantarse muy temprano y caminar hasta el colegio. Mabel decidió, con pena, poner fin a los años en Sarehole. Alquiló una casita más cerca del centro de la ciudad y, a finales de 1900, los tres se trasladaron.

A los ojos de Ronald, las aulas del nuevo colegio eran un escenario espectacular. Entre aquellos muros se formaban muchos chicos que luego conseguirían becas para estudiar en las mejores universidades de Inglaterra. Poco a poco, se fue acostumbrando a la nueva rutina y a sus nuevos compañeros. La vida era realmente distinta de la existencia tranquila que habían llevado en el campo: ruidos de trenes, bullicio callejero, ajetreo en la King Edward's. Poco después se mudaron de nuevo a una casa cercana a la estación de tren, King's Heath. Ronald y Hilary jugaban entre las vías del ferrocarril. Los extraños nombres escritos en los vagones captaron enseguida la atención de Ronald. No sabía lo que significaban, pero le encantaba el sonido

de aquellas misteriosas palabras. Esos vagones procedían del País de Gales, al oeste de Inglaterra, y trajeron (junto con sus mercancías) el despertar de la inspiración lingüística para el joven Ronald. Había descubierto el galés, idioma que con el tiempo se convertiría en uno de sus favoritos. Sobre ese idioma inventaría el «sindarin», una de las lenguas que hablan los elfos de sus cuentos. *Blaen-Rhond-da, tredegar* o *nantyglo* eran algunas de aquellas palabras, a la vez remotas y fascinantes.

A Mabel no le acababa de convencer la iglesia católica de St. Dunstan, cercana a la casa de King's Heath. Y, tras largas caminatas en busca de un lugar de culto más adecuado, encontró la iglesia del Oratorio, fundada por el beato John Henry Newman, converso al catolicismo. Fue un hombre de una cultura y santidad muy considerables, que ejerció una gran influencia en la vida intelectual y religiosa de Inglaterra. Muchos de los sacerdotes que atendían el Oratorio habían sido discípulos suyos, y el eco de la voz de Newman aún resonaba entre aquellas paredes. En el Oratorio Mabel encontró también a un sacerdote comprensivo y exigente a un tiempo: el padre Francis Xavier Morgan. Con el tiempo, se convertiría en una persona decisiva en la vida de John Ronald.

En 1902 la pobreza obligó a Mabel a sacar a Ronald de la King Edward's. Al lado de la iglesia del Oratorio había una escuela, dirigida por los propios sacerdotes. En ella, aunque el nivel académico no era muy alto, los niños recibían la educación religiosa que Mabel consideraba tan importante.

Francis Morgan era un hombre de gran corazón, con un ruidoso sentido del humor y muy amable. Su ascen-

dencia era española, y había heredado viñedos en Jerez de la Frontera. Hablaba español perfectamente; en sus libros aprendería el joven Tolkien esa lengua, que nunca llegó a dominar, pero que le gustó casi tanto como el galés y el finés. Pronto los Tolkien se encariñaron con aquel sacerdote atento y de maneras rotundas.

Vivían en una casa apenas más grande que una chabola, al lado de la escuela. Rápidamente, en el nuevo colegio Ronald adelantó a sus compañeros y Mabel decidió volver a dar clase a su hijo ella misma. Ronald tenía 11 años. El éxito de esa decisión no se hizo esperar; el pequeño recibió una beca para reincorporarse a la King Edward's, donde regresó en el otoño de 1903.

Se le ubicó en la sexta clase, justo a mitad de camino. En ese momento, el joven Ronald comenzó a estudiar griego:

«La fluidez del griego, resaltada por la dureza y el brillo de su superficie, me cautivó. Pero parte de la atracción estaba en la antigüedad y en su carácter extraño y distante (para mí): estaba muy lejos del hogar».

Comenzaba a surgir en él la fascinación por el elemento evocador de las palabras, más allá de los significados inmediatos. El profesor a cargo de la clase era George Brewerton, un hombre de carácter fuerte y especializado en la enseñanza de la literatura inglesa. Llegó a enseñar a sus alumnos las bases del inglés medieval, y con él John Ronald dio otro paso adelante en su decisión de conocer a fondo la historia de su propia lengua.